

# Frick collect



Foto: Jorge Avila



## El pintor y las apariencias

Por Juan Carlos del Valle Fotos: Cortesía The Frick Collection, New York

**H**enry Clay Frick, humanista, coleccionista, reunió en su casa de la Quinta Avenida lo mejor de los últimos quinientos años de arte. Hasta hoy se notan las costumbres de este personaje singular, que gracias a Colnaghi reunió una colección increíble. Para el presente episodio de aquel pintor y las apariencias seleccionamos a cinco maestros atemporales, cada uno de los cuales tenía su visión o su manera de presentar su modelo. Ingres refleja la personalidad de su modelo en su vestido, Whistler fascinado por la femineidad se involucra en lo profundo de la apariencia, con la ligereza de los vestidos pintados, El Greco siempre va a lo

más simple para el máximo efecto. Holbein detallista ofrece pintar todo para que la apariencia, el vestido, refleje todo el poder de su modelo. Vermeer concluye diciendo que siempre las apariencias engañan.\* (NDLR: Es por lo que pedimos a Juan Carlos del Valle, mostramos un ejemplo donde la no apariencia nos da la misma información que los demás. Utilizando las enseñanzas de sus maestros preferidos, Juan Carlos a su manera, quiso usar el simbolismo de los colores, del trazo y pincelada, para revelar la problemática de su modelo.) Jean Auguste Ingres, discípulo de David, pintó a la aristocracia y a la burguesía durante medio siglo en el XIX. Ingres escogió para retra-





Jean-Auguste-Dominique Ingres (1780-1867),  
The Comtesse d'Haussonville, 1845. Óleo sobre  
tela. 129 x 91 cms. Foto de Richard de Liberto.



tar a la Condesa de Haussenville un vestido unicolor con dos volantes. Las indicaciones de la personalidad de la condesa no vienen de su vestido, cuyos pliegues son admirablemente pintados, sino de la historia pictórica personal del autor. De hecho, para revelar el embarazo de la modelo, Ingres utilizó casi la misma pose de su *Stratonice* en su *Antiochus y Stratonice*.

Los tonos fríos del vestido azul acuoso esconden la revolución que procura el embarazo de la condesa: Así como la condesa esconde el fuego de la chimenea, el vestido esconde el fuego interior de su cuerpo. La pasión es intelectual, puesta como adorno carmesí en el peinado. Es un retrato íntimo y psicológico, una condesa delicada, seductora, sensual, ¡cuanto tiempo me perdí en la claridad de su mirada! Ingres juega con las apariencias y revela sin exponer. Se cree que sus asistentes se encargaron de pintar los accesorios, la carta, el florero símbolo de fertilidad, el jarrón recibiendo al cordón. ¿Quién pintó el reflejo de la nuca erótica en el espejo?...

James Abott McNeill Whistler siempre me impresiona con su exquisito manejo de grises. Las variaciones cromáticas tan sutiles y finas cautivan en esta sinfonía de sensaciones hacia lo femenino. Su interés es el color y el efecto, la moda y el diseño. Sensacional y emocional, sensible y elegante, Whistler diseñó algunos vestidos que posteriormente pintó en sus modelos. La personalidad de la retratada está conferida en el vestido. *Lady Meux* emerge sobre un fondo perlado, de una gama cromática parecida a la del vestido, donde Whistler juega con el humor de los rosas que distribuye a lo largo del traje, y sobre el pecho que aparece muy sensual. El tamaño inusual del lienzo, los grandes trazos longilíneos del fondo permiten restituir toda la feminidad con el vestido de esta mujer, muy de moda! El cuadro no sería sensacional sin la invención del sombrero y de su sombra, que subraya un rostro con labios apetitosos que hacen eco a su figura exaltada. Whistler va a lo profundo de la apariencia, para revelar sus propias sensaciones.

El Greco beatifica y canoniza a su Jerónimo sin artificios, sustraído de su iconografía y simbolismo, para dar un San Jerónimo como cardenal, místico y humanista, contundente, intenso. Basta con mirarle a los ojos y escuchar. Experiencia anímica de la oscuridad a la luz. Sus proporciones, como el trazo de la sombra al fin del día, parecen elevarse a las alturas. Soltura y simplicidad magistral en el trabajo del capelo y mangas. Se entiende toda la gama tonal. Apparentemente estático en composición, en El Greco siempre hay un dinamismo: en sus pliegues, en su psicología y misticismo; en nosotros siempre se mueve algo. Es etéreo y materia, cuerpo y alma, humano y santo, polar y transitorio. Hans Holbein, pinta a su amigo y gran humanista Tomas Moro, quien fuera



*Benigno José*  
1788



consejero de Enrique VIII de Inglaterra. Con esta obra, el ojo viaja a otra velocidad, a otro ritmo. Holbein estudia minuciosamente cada elemento, fija los tiempos. Descriptivo, elaborado, narrativo, preciso, analítico, intelectual y psicológico. Paciente, detallista, Holbein no simplifica, no supe-dita. Detallado trabajo de los símbolos de poder, de los colores complementarios. No hay efectos, no los busca, porque se concentra en el objeto, en la forma, en la imagen definitiva, fuerte y contundente. Penetra en el personaje y en su psicología, sus ideas, su existencia, su momento y su poder, y en nuestra memoria. Con este cuadro de Holbein lo describe todo de un golpe. Nos ofrece la apariencia de Tomas Moro para que participemos con el y su destino, con su rostro cerrado, que mira más allá.

Mirar mas allá pudiera ser un consejo en Vermeer. La perfección acompaña siempre a Vermeer, el pintor de la intimidad. Conocemos ahora las diferentes técnicas de Vermeer sin poder igualarlo. El pinta hasta el aire, domina los efectos de luz y sombra. Nos lleva en una ronda en las esquinas oscuras donde surgen detalles escondidos en una atmósfera suspendida. El preciso observador Vermeer fascinado por la moda nos sumerge en este coqueteo, entre un caballero vestido con su uniforme de oficial rojo pasión a la ultima elegancia. La prometida aparece como el objeto de la pasión. Dentro de la misma gama cromática que el mapa, el busto semejante en colores a la espalda de la silla, la vida corre en el rostro y en la mano que se ofrece al visitante. A pesar del frío, la ventana está abierta. No hay duda en el interés de la señorita. Vermeer nos deja una esquina minúscula del ojo del caballero. Su mano nos revela mejor la respuesta de su amor. Cada quien su interpretación de este maravilloso cuadro ambiental, íntimo, atmosférico, preciso y perfecto. El juego sutil de las fuerzas opuestas permite mostrar que las apariencias engañan en los cuadros de Vermeer.

Visitar esta colección es adentrarse en un mundo de otrora; en la necesidad de rodearse y acompañarse de arte, conocimiento y belleza, tal y como lo hizo H.C. Frick. Asombrosa por la calidad de las obras y la diversidad de los artistas representados en un espacio refinado y elegante, es oportunidad para respirar cultura y dejar la mente volar y a la imaginación deambular de pintura en pintura, de objeto en objeto, de sala en sala en un entorno sensible, hogareño y portentoso: el privilegio del presente y el anhelo por el pasado.



Johannes Vermeer (1632-1675), *Officer and Laughing Girl*, 1655-1660. Óleo sobre tela, 48 x 45 cms. Foto de Richard de Liberto. Juan Carlos del Valle, *Interior*, 2008, abajo. Óleo sobre lienzo. 22.5 x 31 cms. Colección particular. Obviamente este cuadro no pertenece a la Frick Collection y se publicó en este artículo para mostrar la fuerza de la no apariencia.

